

EL IRIS.

EDUCACION.

[Artículo 4.º]

OBJETO A QUE DEBEN DIRIGIRSE LOS INDIVIDUOS, LAS NACIONES Y LA HUMANIDAD.

Tendre á la perfection
sans jamais y pretendre.
MALE BLANCHE.

Todo el que desee ocuparse con fruto de un ramo cualquiera de instruccion y propagar las luces por medio de la educacion, debe antes determinar el fin á que han de dirigirse sus esfuerzos, y consultar relativamente á este objeto los talentos y disposiciones de la persona que se propone enseñar.

Pero esta cuestion no se resuelve sino de un modo imperfecto, si se considera al individuo aisladamente y sin relacion alguna con la nacion de que forma parte, y con los deberes sociales que le rodean y que debe llenar un dia.

A esta cuestion se sigue otra no menos importante; si el individuo forma parte de la nacion, la nacion misma es una rama de la humanidad. Luego, ¿cuál es el destino de la humanidad? ¿Tiene una mision que llenar sobre la tierra?... y si la tiene ¿cuál es esta mision? Se vé pues que el destino y las necesidades del hombre en particular, el destino y las necesidades de la humanidad en jeneral, son las gran-

des cuestiones que deben resolverse en primera línea.

Esto supuesto, ¿se distingue en la historia de la humanidad el objeto á que tiende la misma? ¿La humanidad progresa, ó en todos tiempos ha sido el hombre lo mismo y ella permanece estacionaria? ¿Es preciso creer á los que pretenden que su marcha es retrógrada?

Los partidarios de la idea de una marcha progresiva, ven en las diferentes revoluciones acaecidas en los pueblos bajo el aspecto político, moral é intelectual, una tendencia evidente hácia la perfeccion. Toman al hombre en su estado primitivo cuando arrojado, por decirlo así, débil y desnudo sobre la tierra, es-puesto á la intemperie de las estaciones y disputando á los animales de los bosques su presa, no tenia mas habitacion que las cabidades de las rocas. De este estado brutal pasan al de civilizacion á que llegaron los griegos y otros pueblos de la antigüedad, y para probar el progreso del espíritu humano, nos hacen admirar los palacios suntuosos, las ricas vestimentas de Alcibiades, de Pericles; el jenio creador de los Apeles, de los Fidias, de los Sófocles, de los Píndaros; las observaciones, preciosas aun en el dia, de Hipócrates y de Aristóteles; los hermosos cuadros históricos de Herodoto y de Tucídides;

las admirables obras filosóficas y las virtudes sublimes de Sócrates y de Platon.

Comparando en fin nuestra época con los mas floridos tiempos de la Grecia, nos descubren el inmenso espacio que hemos recorrido en la carrera de las letras y de las artes; nos muestran en los distintos ramos de literatura esa série importante de nombres ilustres que los siglos no podrán borrar; las maravillas de la industria, las invenciones, los establecimientos de todas clases; nos recuerdan las virtudes que honran nuestra época y superpujan en grandeza á cuanto los antiguos conocieron. De todo esto infieren qué, á menos de no querer cerrar los ojos á la evidencia, es imposible desconocer en la humanidad un progreso sensible.

Sin embargo, otros filósofos reconociendo la verdad de los hechos sobre que acabamos de echar una rápida ojeada, no sacan la misma consecuencia y niegan que la humanidad se aproxime en efecto poco á poco á un estado de perfeccion durable.

Constantemente nos manifiestan el reverso del cuadro; á las artes de los griegos, oponen el estado de barbarie en que tantas naciones viven aun sumidas; á los romanos, los galos y los cimbrós; á esta brillante civilizacion de nuestros dias, las hordas salvajes que vagan aun en muchos parajes del antiguo y nuevo mundo. Despues exami-

nando la ilustracion de que nos mostramos tan orgullosos, separan algunos seres privilegiados de la masa jeneral que segun ellos permanece siempre mas ó menos estraña á toda perfeccion; de manera que por su doctrina el progreso no es positivo mas que para un corto número de individuos. Recuerdan el trato que daban los griegos á los ilotes y en las naciones modernas á los esclavos negros; las encarnizadas guerras que se hacian unos pueblos á otros, iguales en nuestros dias con la misma pasion de conquista; sirviéndoles de testimonio las hazañas del gran capitán del siglo que tanto han hecho jemer á la humanidad. Sócrates fué condenado á muerte, dicen, por haber dicho la verdad; en nuestros dias la verdad tiene sus mártires aun, y el egoismo, llaga profunda de la sociedad, la supersticion ó la falta de fé labran á nuestros pies un abismo.

Luego la humanidad no adelanta, concluyen; por una parte hay luz, por la otra tinieblas, y con frecuencia acontece que las luces se compran á costa de la moralidad.

Algunos filósofos han tenido la estraña idea de comparar la civilizacion á un faro que, dando vueltas lentamente sobre un eje, alumbra ú obscurece sucesivamente diferentes partes del nuestro globo. La civilizacion, dicen, principió á aparecer en Oriente; la India, la China y la Persia son, por decirlo

asi, la cuna de las luces; despues pasó á Grecia y Roma, y en el dia la Francia, la Alemania, la Inglaterra y los Estados-Unidos de América están á la cabeza de la civilizacion, que sin duda pasará luego á otros pueblos.

Esta opinion no tiene fundamento alguno sólido, porque si la Europa con la América del Norte es la parte mas civilizada del mundo en el dia, el Asia, Africa y las tierras australes reciben tambien la influencia de la misma civilizacion, y los progresos que han hecho estos paises estan demasiado arraigados para que desaparezcan fácilmente.

Por último el número de los que suponen á la humanidad una marcha retrógrada, es mas grande de lo que se imagina. Son todos los que creen en la existencia positiva de la edad de oro; todos los que ven en el hombre un ser desnudo del grado de perfeccion que sacó de la mano del creador. Esta marcha retrógrada la admiten aun otros filósofos entusiastas de la sabiduria de los siglos pasados, admiradores ciegos de los Vedas, del Zendavesta, del Edda y de toda esa mitologia oriental ó septentrional, que segun ellos enseña una religion y una sabiduria mas pura, mas sublime que todo cuanto han producido las edades modernas.

Si efectivamente los primeros hombres eran mas perfectos que nosotros, si poseian cualidades

que no tenemos ahora, la humanidad retrograda y no podrá jamás, sino por un milagro, volver á su perfeccion primitiva. Sin entablar sobre este punto una discusion teológica, diremos que semejante opinion no parece fundada ni en la razon que la rehusa, ni en las santas escrituras, ni mas que en los bellos cuadros de un siglo de oro, ficcion de los poetas. La alta sabiduria de la India, de la Persia y de los paises del Norte, antes del establecimiento del cristianismo, está de tal modo sujeta á discusion y es bajo tantos aspectos incierta, que no puede servir de autoridad al lado de hechos indudables que prueban hasta la evidencia un progreso positivo en la marcha intelectual de la humanidad.

Y en efecto hay progreso. ¿Qué nacion de la antigüedad puede envanecerse como los pueblos modernos de esas bellas máquinas inventadas por el jenio, y cuya perfeccion rápida provoca una justa admiracion? ¿En qué pais, en qué pueblo se ha visto la fisica, la astronomía, las ciencias y las artes en jeneral llegar al grado de exactitud y de perfeccion en que las vemos hoy dia? Si alguna vez han poseido artistas cuyas producciones pueden sufrir comparacion con los cuadros y las obras de los pintores y autores modernos, ¿qué nacion es la que ha visto estas artes tan jeneral-

mente cultivadas y en tanta estimacion como hoy se hallan?

Es notable ademas que los progresos actuales estan mucho menos limitados que otras veces. Las barreras que separaban á los pueblos ya no existen ; ningun pais hay que permanezca extraño á los adelantos de otro, y estas luces esparcidas por medio de las comunicaciones debemos suponer que irán en aumento, y que no desaparecerán jamás, porque no es posible ya una nueva invasion de los bárbaros.

Probado que en la marcha de la humanidad se nota un progreso sensible, los individuos que la componen deben todos dirigir sus esfuerzos á alcanzar el grado de perfeccion á que es posible que llegue el hombre en la tierra. Pero por sagrado que sea este deber, la necesidad de llenarlo no la reconocen mas que aquellos que han disfrutado del beneficio de la educacion, y como estos son por desgracia tan pocos entre nosotros, en los números sucesivos nos ocuparemos de nuevo de una materia que consideramos de la mas alta importancia.



HISTORIA.

EL PRINCIPE

DON CARLOS DE AUSTRIA.

(ARTICULO 1.º)

Presenta la historia de cuando en cuando ciertos acontecimientos envueltos en oscuras y misteriosas sombras que, mas que á la meditacion del filósofo dan ancho campo á la fantasia del poeta. El cronista espone al relatarlos, las conjeturas mas ó menos fundadas que han llegado á su noticia, abandonando su explicacion y comentarios á las imaginaciones ardientes que necesitan dar pábulo á su entusiasmo irreflexivo, suponiendo causas novelescas al crimen y elevando sobre el pedestal de los héroes á las víctimas de la fortuna. Acredítanse así los errores históricos y adquieren poco á poco la autoridad de la verdad ; una larga prescripcion los abona ; la opinion comun los defiende ; y la posteridad engañada acata como historia verdadera é imparcial el eco interesado de las pasiones contemporáneas.

La temprana muerte del príncipe D. Carlos ha sido asunto de estensos debates. Los escritores españoles que en su tiempo florecieron no culparon de modo alguno la severidad de Felipe II, y mas bien, como era muy natural, evitaban tratar de un suceso cuyo miste-

rioso desenlace quedó depositado en las cámaras sombrías del palacio del monarca. Mientras la casa de Austria dominó, no se levantó una voz en España para defender ni acusar al inflexible rey, al paso que su memoria era ultrajada por las plumas de escritores extranjeros. ¿Cuál es el origen de estas acusaciones? Su origen se halla en el príncipe de Orange, en el eterno é implacable enemigo de Felipe: él fué quien en el calor de la lucha sangrienta de los Países bajos arrojó, en una proclama incendiaria, inculpacion tan terrible sobre la cabeza del monarca español; él fué quien, por error ó por artificio, la acreditó entre sus partidarios; él fué quien la hizo penetrar y acoger en Francia, en Inglaterra y en las demas naciones que combatieron durante tantos años contra el formidable poder del vencedor de San Quintín.

Habia además un partido inmenso interesado en su ruina, ávido de cuanto podia empañar su reputacion y oscurecer su gloria. Los luteranos de Alemania, los protestantes de Holanda y de Suiza, los calvinistas franceses odiaban con toda la vehemencia del fanatismo religioso al eterno, al inflexible perseguidor de las doctrinas reformadas. El protector de la fé católica encendia á millares las hogueras en sus vastos dominios, para quemar á los que proclamaban la libertad de discusion en los dogmas de la iglesia:

su nombre era un símbolo de horror para los enemigos de Roma; ¿qué extraño, pues, que acojiesen creyéndolas, ó divulgasen dudándolas, las calumnias inventadas por los contrarios de Felipe, propagadas por el inmenso número de los que no pudieron nunca considerar al triste fanático y orgulloso rey, sino cual un tirano hipócrita y sanguinario?

Como axioma establecido, como verdad probada é indudable, han repetido De Thou, Watson, Mercier y Voltaire las acusaciones de los flamencos y de los luteranos. Las novelas y los dramas se han aprovechado luego de un asunto, cuyo fondo presta tanto á las magníficas concepciones, á las galas de la fantasía. Schiller publicó á principios de este siglo su admirable tragedia intitulada *Don Carlos*, tal vez la primera de sus obras, y ciertamente una de las mas brillantes producciones de la literatura moderna. El *Panteon del Escorial* de Quintana, ese sublime arranque del poeta, exclusivamente preocupado por su ódio á la tiranía, ha sido tal vez una de las obras que mas han contribuido á arraigar entre nosotros la idea de la inocencia del príncipe y del zeloso despotismo de su padre. Recientemente ha dado al teatro de Sevilla un jóven literato un drama notable fundado en el mismo argumento: llámase *Isabel de Valois*, y ella y D. Carlos son víctimas de

un amor constante y antiguo. Don Carlos de Austria, es pues para los escritores y para los poetas, el tipo del hijo sumiso, del amante tierno, del príncipe filantrópico y humano; mientras Felipe II es un personaje cruel, fanático y sombrío, uno de aquellos azotes que envía á veces la Providencia para espantar con sus escesos á las aflijidas naciones.

El único escritor que sin defender al padre ha llevado la luz de la verdad en la muerte de su hijo, ha sido el sábio y estudioso Llorente. El ha examinado los documentos, uno por uno, con su detenimiento acostumbrado. Los demas, siguiendo la opinion comun, han colmado de ultrajes la memoria de uno de los monarcas mas grandes del mundo, grande en sus altas cualidades, en sus colosales defectos y en los errores de su política.

El príncipe D. Carlos habia nacido en Valladolid el dia 8 de julio de 1545: su nacimiento costó la vida á su madre doña María de Portugal. Los primeros años de su infancia fueron notables por la violencia de carácter de que comenzó á dar frecuentes pruebas, y por la debilidad de su constitucion que aumentaba con el tiempo. Era pequeño de estatura, muy delgado, casi raquítico, fco y escesivamente pálido. Su modo de vestir era extravagante, aunque con pretensiones. A los veinte años, nada sabia, y para tener

una idea del estado de su inteligencia, basta leer las cartas que escribia por aquellos tiempos á su ayo y preceptor el obispo de Osma, testimonios de la rudeza de su entendimiento, de un idiotismo incomprensible, menos que pueril, pruebas irrecusables de que jamás aquella cabeza pudiera haber alcanzado un completo desarrollo.— Su carácter era peor que su figura: temerario y cruel, padecia de frecuentes accesos de demencia. Desde los primeros años de su infancia, su servidumbre era la mas penosa de palacio: la mas pequeña contradiccion sacaba al príncipe fuera de sí; la rabia le ahogaba: su venganza era abofetear y lastimar á sus criados: su pasatiempo consistia en arrancar los ojos á los pájaros, y matar lentamente á los conejos y á los perros, cuya prolongada agonía contemplaba con placer. En sus raptos de furor no respetaba ni la edad, ni la jerarquía, ni la dignidad de los que le acompañaban. Su ayo don García de Toledo estuvo á pique de morir á sus manos en una carcería, y Ruy Gomez de Silva, príncipe de Éboli, que le sucedió en aquel cargo, corrió mas de una vez el mismo riesgo.—Habia en Madrid un cómico escandaloso, cuyos escesos llegaban en quejas todos los dias á oídos de las autoridades: D. Carlos le distinguia y aun se acompañaba con él á veces: por medida de buen gobier-

no fue espulsado el actor de la capital: firmó la orden el cardenal Espinosa, gran-inquisidor y presidente del Consejo de Castilla: lo supo el príncipe, y un día que entraba el cardenal á ver al Rey, le paró para ultrajarlo con injurias soeces y groseras, persiguiéndole despues, con puñal en mano. por los corredores de palacio.—Sus escesos de otro jénero eran el escándalo de las personas que le rodeaban: tan frecuentes fueron que su débil razon quedó cada vez mas alterada, y su cuerpo naturalmente enfermizo se dobló en la adolescencia como el cuerpo de un anciano.

Tal era el hijo de Felipe II: el heredero de los estados del Emperador; la cabeza escojida por la Providencia para sufrir el peso de la mayor corona del mundo: el hombre que debia un dia rejir, sin mas freno que su voluntad la España, el Portugal, los Países bajos, los dominios de Italia, las Américas y las colonias del Africa y del Asia. Vamos á tocar el punto de disputa; los esponsales de D. Carlos.

D. Carlos de Austria tenia trece años cuando contrajo esponsales con Isabel de Valois que contaba doce: algunos meses despues firmóse el tratado de Cambray que puso fin á la guerra entre España y Francia. Murió en este pequeño intervalo Maria de Inglaterra, segunda muger del monarca español,

y Felipe y Enrique resolvieron estrechar mas los lazos de su alianza por medio de un matrimonio, casándose el rey de España con la jóven princesa que habia destinado antes á su hijo. Verificóse la boda con la mayor solemnidad en Toledo el dia 2 de febrero de 1560: fue madrina la princesa viuda de Portugal: fue padrino don Carlos. Padecia por aquel entonces de cuartanas, y únicamente en aquellos dias pudo ver y conocer á Isabel de Valois quien, á poco de casada, cayó en cama con viruelas: antes de su convalecencia, marchó el príncipe á estudiar á la Universidad de Alcalá de Henares.

La reina era una niña cuando se casó; el dia de la boda, aun no habia cumplido catorce años: quince tenia D. Carlos: su figura desagradable, la palidez asquerosa de su cara, la enfermedad que le destruía, su falta de entendimiento y de educacion, su reputacion de locura y de crueldad no eran las cualidades mas propias para seducir el ánimo de la jóven y alegre princesa, acostumbrada al amable trato, á la fina galanteria de la corte de Francia. Felipe II, por el contrario, sin ser un caballero de tornéo, era una buena figura: alto, de majestuoso aspecto, de nobles maneras, contaba treinta y tres años y estaba en el apojéo de su poder y de su prestigio ¿Es probable siquiera que, en tan pocos dias, viéndose

raras veces, y en medio del ceremonial de la corte austriaca, con tan poco favorables auspicios para sentir el amor, hubiesen concebido esa ardiente pasión dos niños, súbitamente, sin mas preparación que unos esponsales de que tal vez ni aun tendrían noticias? ¿Es posible que Felipe II hubiese sentido entonces esos rabiosos celos que se le imputan, que hubiese jurado la muerte de D. Carlos y de Isabel que hasta ocho años después no fallecieron? Estas suposiciones son absurdas y ofenden el sentido histórico: cualquiera que haya sido la parte que tomó aquel monarca en la muerte de su hijo, no puede imaginarse que las pasiones de amor hayan podido impulsar su mano ni inclinar su pensamiento: los esponsales de los preliminares del tratado de Cambray han podido ser un cimiento para las ficciones de los poetas, pero no debieran haber sido un pretexto de falsificar la historia, chocando contra los instintos del sentido común.

Antes de recobrar la Reina la salud perdida partió D. Carlos para la universidad de Alcalá de Henares: pretendía su padre que algo aprendiese el heredero de su corona, y recomendó especialmente á los hombres mas doctos y capaces que encerraba aquella ciudad: acompañaban al príncipe su tío don Juan de Austria y su primo Alejandro Farnesio, ambos tan célebres luego por las altas hazañas con

que ilustraron su nombre y realzaron la gloria del monarca español. D. Carlos entre tanto perdió el tiempo en la Universidad, sin aprender y sin aplicarse: las cartas á su maestro el obispo de Osma, y algunos garabatos en queja de su padre que escribió después de abandonar sus estudios, dan una idea del fruto que sacó de sus años escolares.

Volvió el príncipe á la corte en 1564. Cansado del aislamiento y fastidiado de la vida de Alcalá, donde apesar de la concurrencia de jóvenes estudiantes se conservaba disciplina y arreglo en las costumbres, aburrido de la sociedad de hombres doctos y eminentes que poblaban aquella ciudad estudiosa á que tanta vida había dado el cardenal Ximenez de Cisneros, arrojóse don Carlos en todos los escesos de la mas desenfrenada licencia. Sin dique ni valladar á sus perniciosas pasiones, devorado por la envidia, afligido con los sufrimientos físicos de una organización débil y gastada, hacía pagar las consecuencias de sus vicios á las personas que por su posición ó por necesidad se hallaban á su lado. Llamólo á veces su padre á su gabinete: reprendióle con dulzura sus desafueros, sin que sacase fruto alguno de sus amonestaciones paternales. Entraba alguna vez Felipe II en la cámara del príncipe, traído de los atroces escándalos que desacreditaban la corte y llegaban á los oídos del rey aun en medio de sus soli-

tarias y constantes taréas: ni la indulgencia, ni la severidad eran parte para mover el ánimo de D. Carlos; y frecuentemente, despues de una conferencia borrascosa y larga en que el hijo habia faltado al respeto debido á su padre y señor, veían los cortesanos salir al rey mas pálido que de costumbre, con los ojos bajos, y comprimidos los labios con arrebatos de cólera que procuraba refrenar.

El embajador de Francia escribia por aquel tiempo á su corte: «nada hay que esperar del príncipe don Carlos: malos gérmenes hay en su corazon, y el día de su advenimiento al trono será un día fatal para la España.» El nuncio del papa, arzobispo de Rosano, escribia al gobierno pontifical. «El príncipe de Asturias tiene una arrogancia insoportable y costumbres desenfrenadas: es escaso de talento, caprichoso y obstinado: puede con razon decirse que no posée el uso completo de sus facultades morales y que tiene accesos de locura.» No era solo la correspondencia diplomática la que se ocupaba de los vicios y malas tendencias de D. Carlos: era conversacion general en la corte, contenida apenas por el temeroso respeto que inspiraba el rey: corrían de boca en boca anécdotas escandalosas que comentaban hasta los lacayos, tan públicos eran ya los excesos del temerario príncipe.—El obispo de Osma, la única persona tal vez, á quien profesaba un sincero cariño, usó

para corregirle de todos los medios de influencia que le daban su antiguo cuidado, las memorias de la niñez y el hábito del respeto: todo fué sin fruto: de nada sirvieron sus advertencias afectuosas, y él y el príncipe de Eboli tuvieron que abandonar al fin á sus fatales inclinaciones.

Así vivía en la morigerada corte de España el hijo del severo Felipe II: despreciando la autoridad paterna, desoyendo los consejos de sus leales servidores, entregado á una disolucion estúpida, gastando su cuerpo y corrompiendo su alma, así se preparaba el príncipe de Asturias á recoger, en su tiempo, la corona de la primer monarquía del mundo. Escandalizando con sus excesos la capital, perdido en la opinion de sus súbditos mas inmediatos y desacreditado en las cortes extranjeras, preparaba el nieto de Carlos V un porvenir amenazador á sus vastos estados, que su ineptitud y sus vicios hubieran sumido en un abismo de males sin cuento. La ambicion mas insensata se despertó luego en su corazon y vino á añadir pábulo al incendio de sus desordenadas pasiones.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

AMENA LITERATURA.

EL ANIMA DE MI MADRE.

CUENTO FANTASTICO.

I.

Terrible noche aquella por cierto!

Mi calle enfila al Norte sin discrepar un ápice: y está solitaria y ruinosas, de suerte que, mejor que calle, parece una brecha que abrió el invierno con sus baterías de viento y el empuje de sus abalanchas... ¡Oh! ¡gran sitio para celebrar un *sábado*! ¡Recinto pintiparado para los aquellarres!..... Sin embargo las brujas andan desperdigadas á tientas y á locas por el mundo, cuando no han dado con ella. ¡Ah! que calle, que calle la mía!

Llovía á cántaros y un vendabal rabioso acababa de matar los faroles, cuando mi padre entró en casa. Estábame yo acurrucado en el barreño de la ceniza y rebujado en un ruedo leyendo á Platon al mortecino reflejo de una candileja; y como tenía mis cinco sentidos puestos en el libro, no saludé al buen señor con el *tenga vd. santas noches* de costumbre: tiróme él su capa encima muy bruscamente y sentí un frío mortal que me caló los tuétanos.

Mas mojado que un chopo, naturalmente sacudí los hombros y miré al rostro de mi padre; en lo que ví se hallaba enojado y eché á temblar.

—Maldecido de Dios, bien hizo tu madre en morirse al echar al mundo el fruto de su culpa. ¡Oh, cuanto horror me das!

—Padre mío soy inocente y bueno.

—¡No! tú eres el instrumento que forjó y aguzó una mujer contra su honra y vida.

—Padre mío...

—Quita, quita, que naciste en mal hora.

—Soy inocente y bueno, laborioso y humilde; he calentado tu vianda, barrido los suelos de tu estancia y mullido tu lecho para que reposaras.

—Mi lecho!! ¡Mi lecho!! ¡Ah! ¿Tú sabes que el vellon de mi cama está convertido en herizos de veinte años á esta parte?

—Yo he restaurado el calor de tus miembros, padre mío, con la frotacion de mis palmas....

Mi padre cayó de golpe sobre los ladrillos y una palidez de muerte cubrió su rostro. Entonces me precipité á él, y mis labios y mis manos llamaron á su cabeza la sangre que sin duda se habia retirado á los senos del corazon para ahogarlo; mas poco á poco la rubicundez de sus mejillas fue subiendo de punto; tanto que empezó á darme cuidado y hasta que los ojos se le pusieron como la lumbre.

Mientras se mantuvo inmóvil lo sostenian mis brazos, pero luego que incorporándose me clavó una mirada, que me quemó de dos chispazos, di en huir para que mas el diablo no aventara la brasa; y en siete saltos cobré la puerta, bajé seis tramos y me encontré en la calle.

La lluvia habia cesado y en su lugar un mansísimo orvayo caía como el ropaje de las sombras aplanando el espíritu.

Eché á andar sin direccion, desamparado y huérfano en el mundo, sin nadie sobre la tierra para mí: oscuro el porvenir, desprovisto para la sociedad, aborrecido de un hombre y desconocido de todos, solo, encojido, tímido, cobarde; el alma pura, el corazon sensible, jamás rociado con el bálsamo de las caricias, el cuerpo yerto, entumecido y flaco; sin pan y sin asilo, próximo á perecer de sentimiento.

Parecíame que marchaba sobre el

caos, que en verdad no sentia bajo mis pies la tierra.

Las manos por delante y caminando, tropecé contra el átrio de una iglesia y me acoji á sus muros. ¡Ay! (dije, arrojando muy de cerca el hálito en mis crispados dedos). Las comunidades religiosas eran unas nuevas familias que adoptaban por hijos y por hermanos suyos á los como yo desgraciados, sin otro vínculo que la virtud; pero desde aquí fueron arrojadas al martirio las comunidades religiosas y el templo está desierto y la caridad sin sus mandatarios. Estoy solo! y mañana el sol que me caliente descubrirá mi miseria á los que pasen por junto á mí sin con dolerse; y ahora me esconde la misma noche que me hiela.... tan malos son para mí la noche como el día: mañana como hoy todo es lo mismo! Y el *siempre* se forma de una hora y otra y otra y la de mas allá, todas como esta! ¡Ay madre mia! cuál fue mi culpa, al nacer!

La pena del inocente no es amarga y por eso se alivia con el llanto; yo lloraba y llorando estaba cuando ví una lucecilla muy triste que rompía la neblina, al parecer á muy larga distancia, pero en realidad no tan lejos. Fuese acercando tanto la lucecilla que ví quien la traía y cómo: y quien la traía érase una mujer, desnuda como un angel, y la lucecilla no era bela, lámpara, ni farol, sino una llamita que á la mujer le brotaba desde la altura y al lado del corazon pegada al pecho.

Paróse aquella ilusion, aquella realidad, aquel espíritu, aquel ente bello, misterioso, dolorido; paróse á medio paso de mí y lentamente dejándose caer de rodillas fue luego para mas de cerca contemplarme, con una amante ternura y un celestial placer que por los ojos y la boca derramaba. Embebecida, estática, sublime, llena de abnegacion como una madre por su nacido, lacrimosos los párpados y cansados, los la-

bios rebotando en pueril ó fanática sonrisa.... sin aliento.

—Me muero de frio; no hay mas sino que me muero, la noche se hace ya mas larga que mi resistencia... y soy un pobrecito que á nadie hago mal, un pobrecito que acaba de perder á su padre, y que perdió su madre, hace ya mucho, un pobrecito huérfano, lleno del santo temor de Dios... Oh! si, que me muero de friiii....o....

—Amor mio, corazon mio, alma de mi alma, del alma de tu madre que te adora, ¡qué hermoso estás! y cuanto has crecido! y has llorado mucho? y te consolaban con mimos carinosos? Dime, ¿cuál muger te prestó el pecho para envidiarla yo? ¡Querubin del cielo! ¿Quién te comió á besos las primeras sonrisas de la infancia? ¿quién se dormía á tu lado ó te arrullaba en su regazo? ¿á qué dichosa despertó tu lloro? ¿quién santiguó tu frente? ¿quién ensayó tus labios á balbucear la palabra primera?... Ah!.... Ah!.... ven á mí que deliro de alegría. Ah! ven y ampara te del calor de la madre que es el calor mas dulce y sabroso. Oh! que gozo, qué gozo! tenerlo ya tras tanto purgatorio!

—*Per signun crucis.... abrenuncio Sátanas....* diablo, muger, vision ó lo que tu seas, vengas de donde vinieres, yo te conjuro y en nombre de Dios te pido, que si buscas mi perdición, huyas, como lo hiciste del Santo Abad Antonio, y si es que por lo contrario te ofreces en mi provecho, tambien de parte de Dios te pido que me digas quién eres.

—*Cual fue tu culpa al nacer,* esclamabas llorando hace un instante, y se lo preguntabas á tu madre infeliz, que allá desde el seno de la eternidad como te oía, rompió la carcel de la muerte, cerrada con las sombrías sordas puertas del misterio, que se levantaron para no caer, entre esta y la otra vida....

—¿Con que tu eres....?

—Tu madre, Leoncio mio, y tú un pedazo de este mismo corazon, cuya llama es amor, que me alumbra en las tinieblas, para que mis anhelantes ojos busquen su otra mitad por el mundo y te encuentren, te reconozcan y se harten de la mirada que perdieron.

—¡Oh madre mia, madre mia, cual fué mi culpa al nacer!

Mi madre me arrebató en sus brazos, me arrulló sobre sus muslos, con la mano izquierda sostenia mi cabeza y con la derecha muy delicadamente puso entre mis labios uno de sus pechos.

Yo me dejaba querer á todo esceso; mi madre me contemplaba y alternativamente se reia y lloraba, pero reprimiendo siempre el aliento para que la respiracion no interrumpiera mi reposo.

Poco á poco aquella alteracion de sus afectos fué calmando y sin dejar de mecarme y con un tono melancólico jamás oido en las partituras italianas, tono semejante á los plumajes de niebla, que sobre las crestas del Sangotardo, ondulan y se pierden en la silenciosa inmensidad aquella, mitad espíritu y lágrimas lo demas. Con un tono trisísimo arrojado de los senos del corazon, cantó las estrofas siguientes para derramar uncion sobre mi sueño.

Con quince mayos cumplidos
Y en su rostro la hermosura
Envuelta en pobres vestidos;

Y los ricos atrevidos
Que llaman á su clausura.

Tendrás oro, pedrería
Plumas, seda, arjentería;
Ricas galas que gastar;
Será tu suerte la mía
Será tu destino amar.

Arroja, hermosa doncella,
De tus manos la labor,
Que tan jóven y tan bella
No te empleas bien en ella
Cuando te llama el amor.

Amor que es el estallido
Del beso ardiente, perdido

Entre el ramaje sin fin
Del ancho verde y florido
Laberinto de un jardín:

Amor que es el abandono,
El columpio entre ilusiones;
Que es el arpa y las canciones
Tristes que en languido tono
Llamarán á tus balcones:

Amor que es fuego en el pecho,
Que es el delirio en el lecho
Y el cielo de la muger:
Amor que es volar de un trecho
Los límites del placer.

Serás reina en los estrados,
Sultana de cien galanes,
Y tus trajes recamados
Se quejarán despreciados
Al rodar por los divanes.

Altas horas de la noche
Serán música el ruido
Del aliento y el quejido,
Que prenda como de un broche
Amante un labio en tu oido.

Y tu gala y jentileza
Y el drama de tu belleza,
Abriendo el mundo por foro,....
Pisarás por mas alteza
Carrozas de sedas y oro.

No declinarán tus dias;
Tus pupilas radiarán;
Tus continuas alegrías,
Por ser tuyas serán mias,
Tus rivales llorarán.

Arroja hermosa doncella,
De tus manos la labor
Que tan jóven y tan bella,
No te empleas bien en ella
Cuando te llama el amor.

Y pasaron y volvieron
Suspiraron, padecieron,
Y tornaron á cantar;
La miraron, la dijeron
Sin descanso, sin cesar.

En su corazon nacia
Un sentimiento de cielo,
Amaba cuanto veia,
La flor y el ave que huia
Estraviada en su vuelo:

Amaba el sol y en el viento

Amaba la veleidad;
Y en su pobre apartamiento
Amaba hasta el sentimiento
De su virgen pubertad.
¡Ay! amaba y padecía
Deseaba y no tenía!.....
¡Hija! trabaja por Dios
Que ya pronto vendrá el día
Y haya pan para las dos.
.....
.....

Llegando aquí exaló mi madre un quejido dolorosísimo. Era todo el recuerdo de una vida entera ya pasada, la espresion enérgica, concreta, depurada y sublime de una tragedia completa. Su quejido se clavó en mis entrañas y vibró como la espada de buen temple dentro el seno de la víctima.

Conoci entonces que era yo parte del corazón de mi afligida madre, y sentí con ella y ella conmigo, la mitad cada uno de un dolor único pero inmenso.

—Leoncio mío, enjuga tus ojos, levanta la cabeza y mírame para que mi memoria se retrate en el espejo de mi vida real.—Voy á contentarla tan sin rebozo y con una estension tal, que solo tú la sabrás en la tierra.—Tu me perdonarás, tanto porque tu desgracia te ha hecho mas justo que el mundo, como porque mi alma lo necesita; y yo te referiré cosas que no salen del labio de las mugeres sino despues de muertas ante el tribunal de Dios.

—Habla, madre mía, y llévame contigo donde no nos separe el tiempo.

A. ROS DE OLANO.

AGONIAS DE LA CORTE.

No vayan á creer los lectores al leer este artículo, que pienso bajo él, decirles que está Madrid agonizando, co-

mo no falta quien lo diga de la nacion entera, amenazada segun algunos espíritus atrabiliarios y no del todo contentos, de una porcion de males que no vemos la mayor parte de los españoles que tenemos por lo menos tan buen juicio, como el que estos espíritus tenían, antes de haberle perdido por desgracias particulares. Tampoco crean que las agonias de que quiero escribir, les han de poner á ellos en la de leerme con cierta miedosa repugnancia, semejante á la que pudiera producirles la visita de un hospital. Nada de eso; mi objeto no es otro, sino el de sacar partido del modo particular de morir que se puede emplear en la corte, que como la vida que en ella se hace, es algo mas variado, que el que suele emplearse, en ciudades menos populosas, donde la vida es mas clara y la muerte menos oscura. Lo que pienso, pues, publicar con este título no es otra cosa, sino algunos modos de morir; entre los cuales, como conocen los lectores, los habrá mas ó menos graciosos, y hasta puede haber alguno que haga reír á carcajadas, y que si no produce este efecto, mas será por falta de estilo mío, que porque en el fondo no tenga él, tanta sal y donaire como la cosa mas alegre. Como hasta ahora no se ha observado que nadie haya muerto sin vivir de una manera ó de otra, puede que alguna de estas agonias toque de refilon alguna parte de la vida del moribundo, y pique por consiguiente en historia. Filosofia y talento es la que le pido á Dios, que buena falta me hace, y como él me lo conceda, de mi cuenta corre hacer de las agonias de la corte una lectura sabrosísima y entretenida. Y ahora, sin pensar mucho en el modo mejor de empezar, y sin curarme de que sea mejor ó peor la primera agonía que yo cuente, que las otras que iré contando, porque al fin mis agonias han de tomarse una con otra, y á ojo de buen cubero, voy á enterar á los lectores de los últimos instantes de

la vida de un buen hombre, que á haber muerto en otros tiempos, mejor cuenta le hubiera tenido, y á quien la poquedad de ánimo y la confusion de la corte, han hecho morir con tanta oscuridad, que nadie sabría una palabra de tal cosa, si afortunadamente no estuviera aquí yo, para entretener un rato de mi vida á costa de la muerte de los que se mueran.

La casa del tío Nicolás es una casa muy mala, y el tío Nicolás es por lo menos tan malo como su casa. Toda ella se reduce á un cuarto que sirve de cocina y de despacho, porque el tío Nicolás por ser algo, es zapatero de viejo y marido de su muger, y en aquel cuarto suele trabajar cuando trabaja, y en aquel cuarto enfrente del hogar debajo de una ventanilla tiene su cama y encima de ella colgados en una sogá, unos cuantos chalecos, pantalones y zagalejos de su muger en bastante mal estado, para que vistan á la sogá mas que á sus curiosos dueños. Otro cuarto á este inmediato es tambien de la pertenencia de estos buenos inquilinos, pero á la sazón está ocupado, por una malísima cama, por una silla de estas sin respaldo de los zapateros, por una pila de agua bendita corrompida ya, por no haber sido renovada en mucho tiempo, por un crucifijo de marfil, amarillento y viejo, por dos melones colgados en el techo, por tres ó cuatro chanclas viejas que andan rodando por el suelo y por un pobre hombre que está muriéndose en la paz de la soledad, que afortunadamente reina en aquel cuarto; ¡gran fortuna para un enfermo: no tener ruido, ni quebraderos de cabeza con el alboroto de una familia imprudente! Ni el tío Nicolás ni su muger se curaban una gran cosa del enfermo, y la última era solo la que entraba, con la ternura que distingue al bello sexo, á darle sin saber si al enfermo le convenia, un caldo sustancioso no, pero tan cargado de grasa, que despues de haberle tomado, parecia que nada podía apetecer el

paciente, en cuyos labios frios ya, con la proximidad de la muerte, quedaba conxelada á impulsos del aire húmedo que por aquel cuarto corria, toda la grasa del pesado caldo, con lo que el enfermo hasta postres tenia, que le duraban de caldo á caldo, conservandole en la boea un delicioso sabor, aunque un poco frio, de aquella apetitosa grasitud.

Las noches pasaban en un profundísimo silencio al derredor del moribundo, nadie le molestaba, y si hubiera podido dormir, para que queria mas; pero no pegaba los ojos, y hasta deseaba con anhelo en algunos momentos, cuando su mal le afligia mucho, que alguien entrase por aquel sosegado cuarto, pero nadie entraba ni nadie respondia á su deseo. Verdad es que esto le sucedia por cortedad de jenio, porque lo mismo el tío Nicolás que su mujer le tenían dicho, que no tenia mas que dar una voz, y al momento subirian, cuando necesitase algo. Muchas veces necesitó mucho, y hasta llegó á querer llamar y llamó, pero su voz estaba muy débil y se helaba en el aire, y luego desde el cuarto del matrimonio, hasta el del enfermo que estaba un piso mas alto, habia veinte y cuatro escalones, todo lo cual unido á ser el enfermo corto de jenio, y al refran de que jenio y figura hasta la sepultura, hizo que hasta bajar á ella, pasase las noches solo, y los dias poco acompañado. Afortunadamente no fueron muchos y la enfermedad sin ser aguda fué breve, razon por la cual no la ayudó ningun médico, porque el tío Nicolás y su mujer habian pasado sin él por trances mas apurados. Una sola vez pidió el enfermo un facultativo, pero le respondió su huésped, suavizando la voz consoladoramente.—Miusté que Dios! para que quiusté méico, maldita la falta que hace—y el enfermo respondió con debil aliento—bien—y se quedó sin médico.—Juguete de sus pasiones, habia este pobre hombre, que ahora se está muriendo, abandonado el pacífico hogar de un honrado notario eclesiástico, que en su

casa de una ciudad de provincia habia dado caritativa acogida al bueno del reverendo padre fray yo no sé cuantos, porque su nombre no ha pasado á la historia, cuando este se encontró exclaustrado de la noche á la mañana y huérfano á los cincuenta años de edad. Nuestro buen padre adornado con todas las prendas de un santo varon, lleno de candorosa inocencia, alejado del mundo, acostumbrado á la importancia que su jerarquía de provincial le daba en el convento, y bondadosamente prendado de algunos periodos efectivamente buenos de sus sermones, sacó á lucir al mundo un caracter que todo lo bueno tenia, menos talento y tino en los negocios. No seré yo el que se meta á querer pintar con sus verdaderos colores, ni el cariño que toda la familia del notario cogió al buen religioso, ni el trastorno que en ella hubo el día fatal en que este en su asiento de galera, tomó el camino de Madrid llevado por su deseo de hacer carrera, y lleno de una ambicion evanjélica; tan inocentes eran sus pretensiones, y tan inocentes las fuerzas con que contaba para salir adelante en su vida de corte.

Llegó á ella por fin y paró en el meson en que paraba la galera, meson que como todos los de su clase, era indecente, pobre, y habitado por chusma mas indecente aun, aunque no tan pobre. Diéronle al buen religioso un cuarto, chico, irregular, con mal suelo y peor techo, blanqueado con cal y limpio como una patena, no solo de porqueria sino tambien de adornos. No le pareció del todo mal este cuarto á nuestro modesto padre; pero apesar de esto, hubiera indudablemente cambiado de posada, si al aconsejarse para hacerlo con tino, de la mesonera que era ni mas ni menos que una de estas morenas hacendositas y agudas como la punta de una lanceta, no le hubiera esta asustado diciéndole, que lo que es en la corte, por menos de tres ó cuatro duros, no podria vivir como no fuera en

otro meson, peor que el mio, como ella decia, porque bien sabe Dios que la ley que yo cojo á mis huéspedes, no se la coje nadie. En ese mismo cuarto, añadia, he tenido á un señor oidor, que vino aqui á pretensiones y estuvo un año, y le coji tanto cariño como una madre, y todavia me escribe todos los correos y se acuerda de mi trato y de lo que hice por él.

Parecióle todo esto muy natural al inocente religioso, y el ejemplo del señor oidor le hizo creer, que todo el que no pudiera resistir los enormes gastos de una corte tendria en ella una habitacioncita como la suya.—Como esta ¿eh? le decia la patrona; ya quisieran!—Y yo para mí, para qué necesito mas, respondia ya convenido en todo, el inocente padre. En poniendo en este cuarto debajo de la cama algunas manzanas, colgando en las vigas del techo algunas mazorcas de maiz y teniéndole curioso, con algunas estampas que traigo yo para pegarlas á las paredes, quedará un cuarto muy cuco y muy recojido. No habian pasado dos horas desde que el huesped habia manifestado estos deseos, cuando ya la diligente mesonera habia tendido sobre unas pajas debajo de la cama, hasta seis ó siete libras de manzanas, y habia colgado en las vigas del techo ademas de dos mazorcas de maiz, tres racimos de ubas y cuatro pepinos sembrados de granos de cebada, que ya habian echado sus tallos y estaban verdes y hermosos que no habia mas que ver. Púsole ademas una rinconera la cual, por ser hecha de la tabla de un pesebre, cubrió con un retacito de una colcha encarnada, adornándola ademas con una botella que encima puso, en cuyo cuello se sostenia un hermoso ramillete de plumas de pavo real, y en un santi-amen quedó el cuarto, tan á gusto del padre, como el padre á gusto de la patrona. Quien así vivió durante seis meses, no tiene nada de



particular que muriese como íbamos contando, para lo cual solo le hacia falta quedarse sin dinero y entregado á los recursos de su pobre carácter. No tardó esto en suceder mas de medio año, cuyo tiempo pasó nuestro buen hombre, aturrido con las grandezas de la corte, marcado con su movimiento, y sin comprender por consiguiente como en ella se vivia. Todo su amor propio de predicador se perdía en el aire como se habrian perdido la mayor parte de las palabras de sus sermones, y se convertía en humildad y pobreza de espíritu, ante las mas miserables de las personas con quienes tenía que entenderse para sus negocios. Toda esta timidez habia sido nacida de la idea que él habia formado de los enormes caudales, de todos aquellos que en la corte vivian en otra parte que en un cuarto como el de su meson. Las palabras ligeras que su patrona habia dejado caer sobre él, hablando del gasto diario de una persona en la corte, fueron indudablemente, las que gravándose firmemente allá en lo íntimo de su poco experimentado pecho, hicieron acaso la desgracia de este infeliz.

Por ellas se quedó contentísimo en el meson, y por quedarse en el meson, y por decir que estaba allí muy contento, fue despreciado y tenido en menos, por una persona, la única para quien habia traído una recomendación y que podia haberle servido de mucho, que salió del cuartito del religioso, llena de cal, medio atufada con el olor de las manzanas, y renegando y riéndose al mismo tiempo del fraile cochino, grosero y mal criado que tan contento vivía en aquel chiribitil. Aquella maldita frase de—porque yo para mí, para qué necesito mas—dicha de muy buena fe al que vino á visitarle, probó á este que efectivamente nada mas necesitaba, y que era uno de tantos hombres sucios, cínicos y egoistas que para nada sirven sino pa-

ra dar mal olor á las habitaciones. Negóse pues, desde allí en adelante á su recomendado y se olvidó completamente de sus pretensiones.

¡O desgracia! desgracia! ¡y por cuántos caminos llegas á tomar posesion del que señalaste por tu víctima! A un hombre tan corto de jenio como nuestro padre ex-provincial, esta falta de proteccion en quien él traia puestas todas sus esperanzas, le acoquinó de tal manera que bastó para hacerle renunciar bien pronto á sus planes, pero por pronto que este cambio se efectuó en un hombre tan bendito y tan indolente como él, ya se habia pasado el medio año que hemos dicho, y en este medio año habian pasado todas sus medias onzas de oro, que en esta moneda traia todo su dinero, de su bolsillo al de los mesoneros, que en cambio le habian tratado como á cuerpo de rey. Escribió entonces nuestro hombre al notario su amigo, diciéndole su situacion, y pidiéndole al mismo tiempo el dinero necesario para volverse á su pacifico y amistoso hogar. Loco este de contento, así que recibió la carta, se la leyó á toda su familia, y remitió al momento al pobre religioso hasta unos seiscientos reales, con el encargo de que si algun dinero le sobraba, se llevase de la corte alguna de las muchísimas cosas de gusto que en ella habria. Recibido este dinero, al momento dispuso su viaje el desengañado religioso, pero le estaba reservada al triste una mala fortuna de la que ciertamente no era digno. Le estaba reservada nada menos que la desgracia de morir sin auxilio humano, ni divino, con una muerte tal, que ni por sueños amenazaba al santo varon. Peripécias hay en la vida humana, que de pequeñas en pequeñas causas, llevan á los hombres desde su ordinario y comun estado de maquinuelas despreciables y egoistas, hasta el sublime de la dicha ó del infortu-

nio. Por una de estas peripécias llegó á encontrarse en una posicion sublime, el prosáico y vulgarísimo padre provincial, que ni sabia lo que eran peripécias, ni como, pasito á pasito se camina muchas veces al verdadero sublime. Todo el toque estuvo en que el dia antes de ponerse en camino, cayó enfermo, y todo el toque de que esta enfermedad le llevase adonde le llevó, estuvo en que ni los mesoneros eran buena jente, ni mediana tan siquiera, y en que él era un pobre hombre que desde que entró en Madrid se redujo al estado de un niño, porque no le cabia otra cosa en la cabeza, y sin voluntad y atortolado obedecia á la pícaro de la mesonera, que era mala como lo es la jente villana, cuando no la da por ser buena, con la maldad mas impía y mas grosera que han inventado los hombres, si es que no nos la ha regalado Dios.

Al dia siguiente de caer enfermo, le propuso la huéspeda que maldita la gana, ni la disposicion que tenia para asistirle, que se levantara de la cama, puesto que todavia podia hacerlo, y que ella le traspasaria la cama á casa de unos vecinos, compadres suyos que le tratarian como de la familia, y que esto se lo decia por su bien, y para que no le molestara la bulla del meson.—Señora, la dijo él—que siempre la llamaba asi, con cierto respeto de educacion fina, el pobre teólogo.—Señora, bien, bien está, vamos á ver, á ver si puedo moverme.—¡Vaya si puede vd.! replicó la patrona, y en un abrir y cerrar de ojos le incorporó en la cama. Vamos, proseguia, mientras le iba vistiendo con precipitacion, como quien viste á un pelele, no se avergüence vd. porque yo le vista—un enfermo no tiene nada! Éal tan guapo! ¿Qué es eso? se tambalea vd.? Vamos, quieto aqui en esta silla, que voy á traer un caldo capaz de volver la vida á un muerto.—Y guardadico que le

enia yo para vd.!

A poco rato volvió y que quieras que no, hizo tomar su caldo que estaba sazonado como una gloria de Dios, al obediente huésped, y á la calle con él.

Sostenido por un mozo de mulas, llegó por fin á casa de los vecinos á quienes ya habia hablado la mesonera, que eran el tio Nicolás y su muger, y alli el infeliz que habia hecho un grande esfuerzo en su debilidad, quedó medio desmayado. Cuando volvió en sí se halló acostado en la misma cama que tenia en el meson, que habia hecho traspasar la mesonera de su casa á la de los vecinos, y á poco rato entró esta y habiéndole ajustado la cuenta de la cama, halló ó por mejor decir, hizo hallar á su buen huésped, que del dinero que le habia entregado el dia en que cayó enfermo, que fué todo el que el infeliz tenia, no la quedaban ya sino diez duros, para atender á su enfermedad.—Bien está; está bien, señora, dijo el pobre enfermo, guarde vd. ese dinero y váyame vd. cuidando, que Dios se lo pagará.—Eso haré yo con mucho gusto, respondió la patrona,—y dando cuatro duros á su vecina se fué diciéndola, que como aquel era tiempo de fiestas, porque estábamos á fin de año, no podria volver por allí en cuatro ó seis dias.—El demonio del hombre! añadió, pues no ha ido á ponerse malo en mal tiempo, para que queria yo mas castañas de navidad que tener enfermo en casa! Ea Ambrosia, que asi se llamaba la vecina, á Dios, y echa hoy un trago mas á la salud del enfermo.—Es un infeliz, harás lo que quieras de él, sin que te diga esta boca es mia.

Bien conocido le tenia la mesonera: en los cuatro dias que el pobre vivió asistido por el tio Nicolas y su mujer empezando por la asistencia, pasó sin chistar privado de todo recurso, sin mas desahogo que la exclamacion hecha maquinalemente y sin intencion de—sea

todo por Dios!—que era su muletilla favorita.

Estaba pues en el estado en que hemos dicho al principio, solo y sin amparo, y encomendado al cariño de sus nuevos patronos, el día de noche buena. Serían las nueve de la noche cuando entraron en su cuarto el tío Nicolás y su mujer á advertirle que si necesitaba algo aquella noche no se cansara en llamar, porque ellos iban á casa de unos parientes donde habían reunido sus colaciones, á soltar una cana, comiendo y bebiendo en alegre compañía.—Bien está; está bien, fueron las últimas palabras del enfermo, que apenas habían pasado dos horas, cuando empezando á sentir un dolorosísimo trastorno en todo su cuerpo, vió convertirse su enfermedad hasta entonces tan apacible, en la agonía mas cruel, que ha pillado á nadie á solas y cara á cara. Yo entiendo muy poco de medicina, y no sé explicar de otra manera á los lectores esta violenta y mortal crisis de aquella enfermedad, sino por aquello de que á este pobre hombre le llegó su hora. Como él se las compuso con la muerte yo no lo sé, pero es de presumir que se las compusiera de mala manera y variando algo su bendito carácter, porque amaneció con la cara de muerto de muy mal humor, y con los puños cerrados y con las piernas descompuestas, como el que anduvo sin duda ninguna á coces y á puñetazos con sus dolores y con su abandono.

Con la mayor indiferencia del mundo, se encontraron al muerto por la mañana los cuidadosos patronos que volvieron á sus casas mas alegres que unas pascuas, con el vinillo y la cena. Algo les molestaron las diligencias con que se ocuparon una porción de jentes de policia, que suelen siempre ocuparse mas con los muertos que con los vivos, antes de poder enterrar el cadáver. Por fin selió este de casa del

zapatero en cueros vivos, y así desnudo como su madre le había parido, volvió á entrar en la tierra de que había sido criado, sin pretensiones, sin bulla, y tan en silencio que esta es la hora en que ni el notario ni ninguno de sus amigos, despues de tantos años, saben una palabra de esta agonía, que solo donde el bullicio y la indiferencia de los hombres tiene su asiento, podía haber pillado á todo un ex-provincial, sin mas defecto que el de ser un pobre calabaza, á pesar de haber llegado á ser fraile de campanillas.

Séale la tierra tan lijera, como insulsa y poco interesante es su historia.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

POESIA.

LA TOMA DE GRANADA. (1)

"And where our fathers' ashes lie
our own may never lie."
Byron.

I.

La última derrota.

Despues que en voraz incendio
á vista del mahometano,
de la noche en las tinieblas
ardió el real de Fernando,
y que en confusa algazara
las iras de Alá cantaron
desde las altas almenas
de la ciudad los sitiados,
y zambra y fiestas hicieron,
cuando triunfante miraron
el lucero del Oriente
del rojo pendon cruzado;

(1) Esta composición ha sido premiada en el certamen del Lacco de MADRID, del mes de enero último.

solo en lúgubres lamentos
resuena el desnudo campo,
la ciudad, sus fuertes torres,
valles y montes cercanos.
Cayó la flor de Granada
á los golpes del cristiano,
y los jinetes de Muza
en fuga se dispersaron.
Huye Boabdil por la vega
que inunda sangriento charco,
y mientras en el Alhambra
llama á consejo, encerrados
quedan en los fuertes muros
los vencidos mahometanos.
Blancos almaizares pueblan
las murallas y terrados,
llorosas las moras suben
á los miradores altos:
y, con espantados ojos,
pálida, trémulo el labio,
yerto el corazon, y juntas
una con otra las manos:
al resplandor de la luna,
mirando al campo cristiano,
toda Granada aparece
atónita al golpe extraño
de la contraria fortuna
que vibra su último dardo.
Una multitud de almas
un solo cuerpo mostrando,
en multitud de suspiros
un inmenso duelo alzarón:
Diez años de guerra á muerte
á su última hora llegaron,
y para hacer gran lamento
de gran muerte y grande estrago,
y para dar testimonio
de tal fin y daño tanto,
se alzó el Oriente en los restos
del imperio mahometano,
y trasformado en coloso,
todo ojos, todo manos,
todo llanto y suspirar,
todo horror y todo espanto,
fué Granada un solo ¡ay!
Sus ojos un solo llanto:
un ¡ay! punzante alarido
que rasga el pecho al lanzarlo,
llanto de fuego, que abrasa

los ojos al derramarlo!
Lloró el Oriente su luna
de rojo el cerco manchado,
y en lago de sangre horrendo
sus ya moribundos rayos:
lloró el granadino imperio
en triste yermo trocado,
talado el campo frondoso,
y abrasado el rico manto
de esmeralda, sus castillos
con estruendo derribados,
de mora sangre teñido
el manso Jenil tan claro:
sus ciudades y su Alhambra,
sus madenets dorados,
ciencia, juventud, belleza,
todo en poder del cristiano!

II.

EL CONSEJO.

En rejio estrado que de esmalte y oro
desde la alhambra al arteson relumbra,
y que del sol á los oblicuos rayos
luceros miente y con tremor fulgura,
el rey Boabdil, desencajado el rostro,
inquieto el pecho, la mirada turbia,
al mal que inevitable le amenaza
con su corte remedio en vano busca.
Con los mas esforzados capitanes
los alfaquis en el consejo junta,
y los jeques nombrados de su reino:
con que el valor y la prudencia aúna.
La rendicion los consejeros piden;
y el abatido rey manda que acuda
Abul Casim al campo de Fernando
y el pacto ajuste que á Granada cumpla.
Triste silencio sigue á su partida;
y ya en el mudo ocaso el sol se oculta,
y en torno de la Alhambra bullicioso
se apiña el pueblo, y de Boabdil murmura.
Corre á sus puertas la estenuada plebe
que del consejo la tardanza acusa,
como la mar embravecida estalla
contra el peñon que deshacer procura.
Oye el clamor el rey, y por sus venas
terror de muerte súbito circula:

luego al consejo con espanto mira;
y espanto igual los alfaquís anuncian.
Vuelve á Granada; AbulCasim; el pueblo
á su alrededor se agolpa, y le circunda
y oprime inmensa valla de turbantes,
y voces mil á un tiempo le preguntan,
—Rendicion, les contesta; al aire mueve
el blanco pergamino, y le saludan
con grito de placer que en los espacios
veloz se pierde; aplácense la furia
del vulgo amotinado cuando al eco
de *rendicion* la infamia se divulga,
y repitiendo alegres «*paz, entrega*»
por las calles dispérsanse las turbas.

Plebe soez, sin ambicion de gloria,
que siempre ruje si el asedio apura,
y que, vive gozosa entre cadenas
si su misera vida está segura:
que besa el pie del vencedor altivo,
que el pan le arroja y patria y ley le hurta,
y que como el reptil muda de pieles,
así tambien de patria y leyes muda!

Entrase Abulcasin en el consejo:
y entra tras él el valeroso Muza,
terror del Nazareno, á cuyo brazo
ciento el polvo mordieron en la lucha.
Leyó el tratado el Rey, y en sus acentos
que la congoja en su garganta anuda,
la sentencia de muerte de su imperio
el consejo severo inmóvil escucha.

—Firmad, les dijo, el vergonzoso pacto...!
y al entregarles trémulo la pluma,
de sus ojos brotó furtiva lágrima
que su mejilla amarillenta surca.—

—¡Alá lo quiso! añade suspirando,
mi reino! acaba, mas Granada dura:
aun lucirá la perla del Oriente
del fardo infiel en la corona dura!
y los visires y alfaquís lloraron:
y adelantose enfurecido Muza,
y arrojando el mojado pergamino
con ademán resuelto y voz robusta:

—¿Qué importa, dijo, que Granada viva
si al honor musulman abris la tumba?

—
Dejad el llanto á niños y mujeres,
y á quien cobarde tenga el corazon;
dad el último á Dios á los placeres;
y muramos matando con honor!

Cerrad el pecho á la esperanza vana
y á la ilusion de un porvenir feliz,
hoy muere del Oriente la sultana
y el viejo oriente empezará á morir!

La patria os pide funeral ofrenda:
corramos á los muros á tejer
corona de cadáveres horrenda:
y sea la paz en el eterno Eden!

Incendio y sangre! La ciudad entera
al éter en pavesas dispersad!
suban las llamas á la azul esfera,
corra la sangre al africano mar!

Fuego y sangre en el mísero despojo
del colosal imperio que cayó:
y al despuntar en el oriente rojo
su curso tuerza horrorizado el sol!

Suban las llamas á la helada sierra
y al cano monte que nos vió luchar;
baje tronando á la asolada tierra
llorando rios el rudo pedernal.

Venganza y muerte! llore el nazareno
en yermo triste el que anheló jardin;
llore en campo de horror de escombros lleno
el alcázar del lúbrico festín.

Vengan á nuestras ruinas los infieles
en órgia infame á celebrar su ley;
y de ceniza llenos los manteles,
brinde con sangre y vino su ébri Rey!

En el silencio de la noche helada
el arruh del profeta bajará:
y en sus alas el alma afortunada
vogando irá por el etereo mar.

Para el muslim comenzará la zambra
del claro Eden en la eternal mansion:
y las Huris de la celeste alhambra
el dulce beso le darán de amor!

Y cruzará el ambiente perfumado
la leve tropa en el florido Eden;
y la luna y el sol serán su estrado,
nubes su lecho, é iris su alquicel.

Venganza y muerte, ya sonó la hora!
responda, «muerte» el bélico atambor...
al despertar mañana con la aurora
su curso tuerza horrorizado el sol!

Este mi consejo es,
añadió el valiente Muza,
mas, viendo que indiferentes
los consejeros le escuchan,
y que en frío silencio acogen

sus palabras, y que escusas
viles la resolucion
del rey embargan, la furia
del fuerte pecho en los ojos
se le agolpa y con sañuda
voz prosigue:—Cuando en Africa
la atroz ignominia cunda,
y repitan que sin sangre
murió en España la luna,
no se dirá que el milano
hincó la garra segura
sin que la blanca paloma
le destrozase la pluma;
ni que á Granada la bella
el Nazareno subyuga,
sin que en el último trance
faltase el esfuerzo á Muza.
No será por Alá santo!
esclama, y la daga empuña:
él no permita que afrenta
tal en mi pecho se cumpla!
Quedaos á llorar vosotros
rigores de la fortuna,
mientras viene el Nazareno,
é infiel al pacto que jura,
con vergonzosas cadenas
sácia en vosotros su furia:
Quedaos á llorar, en tanto
que en mas vergonza pugna,
vuestras hijas y mujeres
con su soldadesca luchan;
mientras el blanco cordero
vuestras mezquitas ocupa,
y el falso Dios de Belen
con ídolos las inunda.
Verted, lágrimas cobardes,
que yo del cristiano en busca
voy á derramar mi sangre
gota á gota, con la suya;
nada me importa que queden
mis huesos sin sepultura,
que si la tierra me falta
cielo tendré que me cubra!—
Dijo, y salió de la Alhambra,
y los ancianos murmuran:
que, ya el corazon helado,
tachan su ardor de locura.
El fuerte troton dispone,
viste luciente armadura,

leonada marlota encima
con que su ira el pecho anuncia,
la manga de Celindaja
al izquierdo brazo anuda,
y por la puerta de Elvira
al campo se sale; busca
con encarnizados ojos
el real cristiano, duda
un punto, la espuela mete
al caballo, y se apresura
por la orilla del Jenil
que densa neblina ofusca,
hácia donde, al sol de ocaso,
cascos y lanzas relumbran,
y el golpear se percibe
de sonoras herraduras.
Contrario á su rumbo el viento
le bate al airon la pluma,
y ave agorera parece
que revolando le abr uma
Al rojo cielo de ocaso
jinete y corcel dibujan
las sombras, como fatmas
de colosal estatura,
Luego, embrazando la adarga,
la lanza en el ristre apunta,
y en breve, doblando el trote,
le traga la densa bruma.

Diez soles no transcurrieron
desde la muerte de Muza,
y ya el pueblo amotinado
de traidor al rey acusa.
Con cincuenta caballeros
que defenderle aseguran
sale de la Alhambra, y paso
le hacen las inquietas turbas.
Las puertas abre al cristiano:
y del vencedor en busca
sale; y á sus pies postrado
implora estéril ayuda.
La luna pone á sus plantas,
y reunidos en la luna
ocho siglos de reinado
que le entrega su ventura:
Y entrándose en la Alpujarra
con su vergüenza se oculta.

III.

ENTRADA TRIUNFAL.

Crujiendo las lombardas, la enseña desplegada,
mueve á Granada el campo del sol al despuntar;
y cual inmensa mole de hierro fabricada,
camina el fuerte ejército moviéndose á compás.

El mar reverberante de almetes y armadura
en cánticos de júbilo, y al choque del pavés,
murmura vagamente, como la mar murmura
cuando á la playa acércase sus ondas á romper.¹

Al ver sobre la Alhambra la cruz de plata alzada,
sube el clamor al cielo, retiembla la ciudad:
llena el inmenso estrépito la vega dilatada,
y truenan las lombardas, relincha el alazan.

Las manos en las cruces, de hinojos los soldados
postráronse, y al frente Fernando é Isabel:
y los sagrados himnos al Dios de los cruzados
alternan con los cánticos y vivas en tropel.

Viva Fernando!

Viva Isabel!

Castilla por Santiago,

y España por la fé!

Gloria á los que cayeron en juventud florida,
cual árboles lozanos que troncha el aquilon,
y suelta la cadena de la terrestre vida,
muriendo en fé de mártires volaron al señor!

Paz á los que cayeron, cansado el brazo fuerte,
como el añoso roble de tierna vid sostén;
al fuego de cien rayos tostado el tronco inerte;
de antiguas cicatrices cubierto el pecho fiel!

Viva Fernando!

Viva Isabel!

Castilla por Santiago,

y España por la fé!

Bajo los fuertes muros del estinguido imperio
España la católica entera se juntó:
tal vez mañana el lábaro tendrá nuevo hemisferio,
y con la cruz iremos al mundo de Colón!

Dejad, del nazareno al bélico alarido,
placeres soñolientos la alhambra y el verjel:
huid avergonzadas, Huris de Eden mentido,
al rayo que os fulmina la virgen de Belén!

Viva Fernando!

Viva Isabel!

Castilla por Santiago

y España por la fé!

IV.

EL SUSPIRO DEL MORO.

Triunfante entró el ejército en la feliz Granada:
mientras, cual muda estatua, el misero Boabdil
desde un peñon lejano, el alma traspasada,
la mira, y ve sus torres al claro sol lucir.

Viola cual nunca hermosa, risueña; y de repente
brotó en copioso llanto su triste corazón!
lanzó un suspiro el moro!.... y enmudeció el oriente.
Y el aire de los montes le trajo en vago son,

Viva Fernando!

viva Isabel!

Castilla por Santiago

y España por la fé!

P. DE MADRAZO

EL ANGEL Y EL POETA.

FRAGMENTO INÉDITO DEL DIABLO MUNDO.

ANGEL.

¿Osas trepar, poeta, á la montaña
de oro del zenit?

POETA.

Quien quiera seas,
ánjel sublime, del emíreo cielo,
radiante aparicion, ó del profundo
príncipe condenado á eterno duelo
y á llanto eterno; dame que del mundo
rompa mi alma la prision sombría,
mis pies desprende de su lodo inundo,
y en alas de Aquilon álzame y guia!

ANGEL.

¡O hijo de Cain! sobre tu frente
tu orgullo irreverente
grabado está, y tu loco desatino:
De tus negros informes pensamientos,
las nubes que en oscuro remolino
sobre ella apiñan encontrados vientos,
y el rauda sulco de amarilla lumbre,

que en pálida vislumbre,
ráfaga incierta de la luz divina,
sus sombras ilumina,
muestranme en tí al poeta,
el alma en guerra con su cuerpo inquieta!
muestranme en tí la descendencia en fin
rebelde y generosa de Cain!

Tú mas alto, poeta, que los reyes,
tú cuyas santas leyes
son las de tu conciencia y sentimiento;
que á penetrar el pensamiento arcano
osas alzar tu noble pensamiento,
del mismo Dios, en tu delirio insano!
y sientes en tu espíritu la grave,
maravillosa música suave,
y del mundo sonoro la armonía!
Que ineficiente y fria
sientes vil la palabra á tu deseo,
y en vértigo perpétuo y devaneo,
y en insomnio te ajitas
y en pos de tu ansiedad te precipitas!
Que ora tras la esperanza,
que acaso finjes, tu ilusion se lanza,
ora piedad imploras
y con la hiel de los recuerdos lloras,
ora desesperado desafías
rebelde á Dios y en tu rencor porfias!!
álzate en fin y rompe tu cadena,

y el alma noble y de despecho llena
 á las rejiones célicas levanta,
 y rueden en monton bajo tu planta
 los cetros, las tiaras, las coronas,
 la hermosura y el oro, el barro inmundo,
 cuanto es escoria y resplandor del mundo,
 y en tu mente magnífica eslabonas!

POETA.

Si, levántame, si; sobre las alas
 cabalgue yo del Huracán sombrío,
 cruce mi mente las etéreas salas,
 llene mi alma el seno del vacío!
 Sobre mi frente el rayo se desprenda,
 mi frente en Dios, mi planta en el profundo,
 y al contemplar al hacedor del mundo
 mi espíritu en su espíritu se encienda!

¡O Anjel! yo he vivido
 en la inmensa baraja confundido
 de los hombres; y títulos y honores
 mi orgullo desdeñó, sobre mi frente
 reflejaba tal vez ricos colores,
 la luz de la esplendente poesía,
 y esta marca divina que llevaba
 de los hombres tal vez me distinguía
 y sobre ellos tal vez me levantaba!

Un vago indefinible sentimiento,
 como el sutil aliento
 del aura leve del abril florido,
 en mi espíritu insomne se ajitaba,
 y en doliente jemido,
 solo del triste corazón sentido,
 pasando por mi alma suspiraba!
 Ni palabra, ni grito, ni lamento,
 hallé á espresar bastante
 esta secreta voz del pensamiento,
 este vertiginoso é incesante
 movimiento del ánimo y trastorno!
 Yo apostrofaba al mundo en su carrera,
 jiraba el mundo indiferente en torno,
 y vano y débil mi lamento era!
 ¡Oh! mi triste lamento
 era un leve sonido en la armonía
 del eterno tormento
 del mundo y su agonía!

Cada grano de arena, cada planta,
 el vil insecto, la indomable fiera
 que con ruidos el desierto espanta,
 el águila altanera,
 que el sol á mirar sube

sobre el vellón de la remota nube,
 oí lanzaban la doliente queja
 de su eterno dolor y su amargura!
 marañada madeja
 este mundo de duelo y desventura!....
 Las aguas de las fuentes suspiraban,
 las copas de los árboles jemían,
 las olas de la mar se querellaban,
 los aquilones de dolor rujían!.....

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

ALBUM.

MODAS. Los vestidos que mas usan las señoras en París para baile, segun los figurines y periódicos de aquella capital recibidos últimamente son de gasa blanca con remados, ó de raso azul ribeteados de cordoncillo de plata; para adornos de cabeza guirnalda de rosas azules entre mezcladas de estrellas de diamantes. Tambien se llevan vestidos de encaje negros, de terciopelo granate ó de *pekin rosa* con guarniciones de encaje. Los gorritos llamados á la *Belle-Poule*, nombre de la fragata que ha transportado los restos de Napoleon, estan haciendo furor en París; son de encaje y lazos de cinta entre mezclados de flores lijeras, pero de una hechura elegante.

Para hombres casaca de terciopelo con forro de raso del mismo color; chaleco de cuello redondo vuelto, blanco con dibujos de oro ó plata y pantalon de casimir blanco con galon de oro; hé aqui el traje de etiqueta.

En Madrid hasta ahora no hemos tenido este año ningun baile ni *soirée* brillante; el primero de máscara en el salon de Oriente el sábado pasado, no ofreció cosa notable; el público se manifiesta en jeneral reacio y poco animado para divertirse.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.